

7. Cecilia Greaves Laine [2010], «El México contemporáneo (1940-1980)», en Pablo Escalante Gonzalbo, et. al. *Historia mínima de la vida cotidiana en México*, México: El Colegio de México, pp. 241-278 [245-253]

EL MUNDO COTIDIANO

La ciudad

El vertiginoso crecimiento demográfico de principios de los cuarenta fue modificando la fisonomía de las ciudades que se expandían sin plan ni previsión, en especial la Ciudad de México, convertida en albergue de cientos de miles de migrantes provenientes de toda la República. Este crecimiento fue acompañado por una oleada de urbanización: los ríos se entubaron, las calles asfaltadas se multiplicaron y nuevas avenidas las cruzaron. Los tranvías facilitaban viajar en la mayoría de las grandes ciudades. Poco después llegaron los trolebuses, modernos transportes eléctricos, y junto con los camiones de 20 centavos, numerosos taxis y cada vez mayor número de automóviles particulares, cerca de 100 000, de diversas marcas y modelos aten-

dían a una creciente población urbana. Funcionaban los primeros semáforos en un intento por regular el tránsito.

La expansión de los servicios de electricidad y del sistema de abastecimiento de agua potable y alcantarillado propició cambios fundamentales en los hogares, las oficinas y las fábricas. La red de alumbrado público se extendió. En las ciudades, los faroles instalados en cada esquina iluminaban parcialmente calles y avenidas; en lugares más pequeños había "luz de a ocho" por disponer del servicio tan sólo ocho horas por la noche. Además, la electrificación permitió reducir los incendios ya que era demasiado fácil perder el control de una flama a la intemperie. El suministro de agua también se incrementó. Contar con agua entubada dentro de los hogares y con alcantarillado fue uno de los rasgos principales del modelo de vivienda urbana que cambió prácticas y hábitos domésticos: simplemente del tambo a la llave de agua la diferencia era significativa. Pero nuevamente su distribución no dejaba de mostrar la desigualdad social. Mientras que en los asentamientos en el Valle de Chalco y Ecatepec se consumían menos de 50 litros diarios por persona, en la colonia de las Lomas de Chapultepec el consumo variaba entre 500 y 600 litros.

En el México de aquellos años predominaban las misceláneas, pequeñas tiendas poco provistas de artículos, que muchas veces eran prolongación de la calle por el ambiente familiar que se creaba entre los clientes. Y los diminutos negocios conocidos como changarros, heredados de generación en generación, donde se cambiaban suelas, se subían bastillas, se cortaban trajes a la medida, se arreglaban licuadoras. No faltaban las antiguas boticas en las que el boticario preparaba todo tipo de compuestos. Y la costurera que accionaba con sus pies el pedal de la máquina Singer o quien remendaba las medias de seda o hacía zurcidos invisibles. Y el paso de los carritos ofreciendo nieves, raspados, helados y paletas, o los pregoneros en las esquinas con sus bandejas ofreciendo pirulís, trompadas, charamuscas,

alegrías, muéganos, cocadas, calabazates, camotes, o de los repartidores de pan que hacían malabares en su bicicleta llevando un enorme cesto en la cabeza. En las esquinas estaban también los puestos de tamales y atole, de pepitas y de elotes asados; circulaban afiladores, ropavejeros, compradores de periódicos o fierros viejos. Eran también los años en que en las calles los niños se divertían brincando el avión, jugando a las canicas, a las escondidas, al burro; no faltaba la tradicional cascarita o fútbol callejero con dos piedras simulando la portería, mientras que otros, los que podían, circulaban en patines y bicicletas.

El desarrollo económico se manifestó en el nivel de vida de las clases acomodadas, especialmente en la Ciudad de México. Fue el auge de los fraccionamientos como Lomas de Chapultepec, Anzures, Polanco, colonia del Valle, y cuando los antiguos pueblos periféricos como San Ángel y Coyoacán se transformaron en exclusivas zonas residenciales. Surgieron nuevas y exclusivas colonias como Jardines del Pedregal, con grandes mansiones de uno o dos pisos, tres o cuatro recámaras y extensos jardines, con gran lujo y confort, junto con otros amplios fraccionamientos de casas más pequeñas para una incipiente pero creciente clase media, como Ciudad Satélite o la colonia Lindavista que ofrecía lotes "sin enganche y sin intereses" con pagos de sólo 200 pesos mensuales. Las formas de construcción cambiaron considerablemente con una arquitectura moderna, funcionalista. Estructuras de acero y concreto permitieron la construcción de edificios de apartamentos más altos, de tres o más pisos, al igual que los destinados a comercios y oficinas. Fue la época en que se iniciaron programas gubernamentales de construcción de vivienda a gran escala, de los primeros multifamiliares, modernas unidades habitacionales que pretendían ser una solución al creciente déficit de vivienda como el conjunto Miguel Alemán, "el más grande de su género en el mundo", con 1 080 departamentos distribuidos en nueve edificios de 13 pisos y seis edificios más de tres pisos cada uno, para albergar alrededor de 5 000 personas.

Pero junto a esta visión de progreso, los contrastes se manifestaban por doquier. De las 5 200 000 viviendas censadas en 1950, 60% eran de un solo cuarto y 25% de dos; 70% de todas las casas eran de adobe, madera, estacas y varas o piedras, y únicamente 18% de ladrillo y mampostería. Miles de hogares carecían del servicio de agua, ni entubada, ni de pozo, ni de aljibe. Una estimación general en 1947 calculaba que sólo 23% de la población disponía de estos servicios. En las ciudades, la vivienda se había vuelto prácticamente inaccesible para la mayor parte de los pobladores por lo que cerca de la mitad de la población vivía en casas rentadas, y más aún en la Ciudad de México donde 79% de los ocupantes eran inquilinos.

A la sombra del progreso

A la sombra del crecimiento urbano, millares de habitantes se instalaron en viejas vecindades cuyo tipo y tamaño variaba enormemente. Algunas, situadas en el corazón de las ciudades, obedecían al cambio de uso y al deterioro de las antiguas casas que tiempo atrás habían servido de alojamiento a familias de medianos y elevados ingresos y ahora se encontraban en deplorables condiciones por las rentas congeladas, como sucedía en algunos barrios de la Ciudad de México: Tepito, La Merced, La Lagunilla, Jamaica, Guerrero, Peralvillo.

Nuevas colonias populares surgieron ante el constante arribo de migrantes y con ellas los "cinturones de miseria", las ciudades perdidas, que crecieron debido a la angustia cotidiana de no contar con un techo para el resguardo familiar. Ubicadas en zonas periféricas, en barrancas o en terrenos de antiguas minas, en terrenos ejidales o comunales, desprovistas de agua y drenaje, miles de personas vivían en condiciones sumamente precarias y en continuo peligro de desalojo ante el rápido crecimiento de la mancha urbana. Vecindades que albergaban decenas o

centenares de familias, viviendas de una sola planta, con piso de cemento o de tierra, de uno o dos cuartos, construidas de tabique o de adobe, o simplemente de madera; con techos de asbesto, lámina o cartón ondulado, alineadas en torno a un patio común en el que se ubicaban los servicios también comunes: baños, tomas de agua, lavaderos, espacios para jugar o trabajar, entorno que favorecía las relaciones entre los habitantes de la vecindad. En medio de calles de tierra polvorienta o lodosa según la estación y una red enmarañada de hilos que en forma clandestina llevaban electricidad a los hogares, tendedores llenos de ropa, jaulas de pollos, palomares y macetas con flores, algunas antenas de televisión eran parte del escenario común en infinidad de sitios por toda la República.

En estos tugurios había quienes eran dueños del terreno que ocupaban y construían su propia casa con el apoyo de familiares o vecinos al ritmo de sus necesidades y posibilidades. Otros arrendaban casa y piso o sólo piso para igualmente levantar una casa, la cual, en un momento dado, cuando decidieran mudarse, desarmaban y se llevaban tabiques y demás materiales que pudieran utilizar. En la Ciudad de México las condiciones no eran mejores: cerca de la mitad de la población vivía en casas de vecindad. En cerrada del Cóndor, uno de los vecindarios al poniente de la capital, alrededor de 85% de los jefes de familia tenían ingresos inferiores al salario mínimo (de \$32.50 en 1970) y pagaban entre 30 y 120 pesos mensuales sólo por el alquiler del terreno, mientras que la renta de la vivienda, dependiendo de su tamaño (uno o más cuartos) variaba entre 110 y 280 pesos mensuales, o un poco más, cuando disponían de un pequeñísimo patio cercado que utilizaban para lavar, tender ropa, encerrar guajolotes, gallinas, conejos y uno que otro cerdo.

Familias numerosas vivían hacinadas en reducidos espacios. En cerrada del Cóndor, como en otras vecindades, alrededor de 50% tenían un solo cuarto que se usaba sólo para dormir o para protegerse de la lluvia, alojando en promedio entre